



"New York 10050", cuadro de Nemesio Antúnez, que expone actualmente en la Galería Central de Arte

EXPOSICIONES

Un Manhattan Para Nemesio Antúnez

Por MARIO CARREÑO

Cuando Nemesio Antúnez llegó por primera vez a Nueva York, hace aproximadamente 25 años, descubrió las multitudes en todas sus dimensiones sociales. El hacinamiento en las calles, en los "subways", en los "dwellings". Desde entonces quedó obsesionado por ese mar humano que transita horizontal y verticalmente la Isla de Manhattan. Desde lo alto de los rascacielos o desde los subterráneos, observaba esa marea ondulante y espesa que recorre las calles en su interminable ir y venir, en su tropel apresurado de la hora del "rush", la estampida hacia las estaciones y los buses, o hacia la soledad de los que deambulan sin ir a ninguna parte.

Estas multitudes han sido una constante en la variada obra del pintor. Y casi siempre, cuando regresa a Santiago, trae una nueva visión de la urbe norteamericana. Unas veces es el tema de "las ventanas" con sus características cortinas que se enroscan verticalmente como rollos de pianolas, dejando "entrever" la música estridente de las calles. Otras, los cuerpos apretados por el ambiente sombrío y aplastante de los "dwellings", departamentos del bajo Manhattan donde el lánguido abrazo de los amantes es sacudido violentamente por el estrechamiento de los trenes elevados.

REQUIEM Y ALELUYA DEL COLOR

Cuando el artista vive en Nueva York, sus cuadros se mimetizan con los grises, el negro humo y el "smog". Las aguas del Hudson se encargan de lavar poco a poco el color vibrante que el pintor acumula mientras permanece en su querido Chile. El maravilloso cromatismo de sus mares, de su cordillera, de sus bosques, desaparece en el país del norte como por arte de magia para dar paso a los grises dramáticos del asfalto y el acero, escala monocroma que pocos artistas saben manejar tan bien como Nemesio Antúnez, gran "sacerdote" de la pintura capaz de impartir con suprema maestría un requiem de tonos cenicientos o una aleluya de rojos, azules y amarillos.

En su obra sucede como en el cine, que unas veces es en colores y otras en blanco y negro. El enfoque es diferente, pero el contenido es el mismo. Su preocupación por las cosas humanas, por los problemas del hombre y la naturaleza, lo inducen a expresar desde la grandiosidad de los Andes y de las ciudades, hasta los objetos más humildes: una taza, una cuchara, un mantel. Su personalidad es tan definida que convierte en "Antúnez" todo lo que pinta, graba o dibuja. Por eso se habla de "los manteles de Antúnez" o "las bicicletas de Antúnez". No obstante los sutiles cambios que ha sufrido su pintura, la trayectoria ha sido recta y diáfana, sin dejarse arrastrar por los "cantos de sirenas" de las múltiples "modas" en el campo internacional de las artes plásticas.

"Lo conocí verde —dice el poeta Pablo Neruda—, lo conocí cuadrulado, fuimos grandes amigos cuando era azul. Partí de viaje y lo encontré violeta y nos abrazamos en la Estación Mapocho... Es delicado en sus motivos porque en el campo chileno se teje fino, se canta fino, se amasa tierra fina. Tiene el alma de cosas sutiles, de patria cristalina".

NO HAY LUGAR PARA FLORES Y PALOMAS

Decididamente, la visión que ahora nos trae de la Babel del norte, no coincide de ninguna manera con los aspectos

color de rosa que ofrece la publicidad turística. No es el Nueva York estridente y optimista de las grandes avenidas, del Broadway dinámico, luminoso y teatral. Tampoco es "El Paralelo 42" de John Dos Passos. Está más cerca de la ciudad que describió García Lorca cuando vivió en sus entrañas de cemento en 1930. "La aurora de Nueva York —decía Federico— gime por las inmensas escaleras buscando entre las aristas, nardos de angustia dibujada. Por sus barrios hay muchedumbres que vacilan insomnes como recién salidas de un naufragio de sangre... comprenden con sus huesos que no habrá paraíso ni amores deshojados".

En estos cuadros recientes de Antúnez no hay aurora, sino la noche oscura y profunda de una multitud deshumanizada, convertida en robots, en cifras determinadas por máquinas electrónicas. Esta vez el Manhattan de Nemesio es duro, frío y filoso como una cuchilla de acero inoxidable. Una ciudad de granito congelado donde las multitudes permanecen en actitud expectante, como insectos encandilados por la luz de gigantescas pantallas. Multitudes que esperan en silencio un cataclismo inminente, o el grito de "Play Ball" en algún "stadium". Inmensos bloques, edificios y terrazas que tratan de escapar en aguda perspectiva, hacia horizontes cortantes como filo de navaja. Rectángulos y ventanas abiertas hacia ninguna parte.

Universo neo realista, geometrizado, parcelado, atado por líneas blancas y negras que se desplazan por la superficie de las telas, como tensores que quisieran aprisionar un mundo estático, silencioso, detenido por un terror inexplicable. Murrallas carcomidas y perforadas por balas de "metralletas" como angustioso "tiro al blanco"; enormes pantallas de televisión por las que se "transmiten" óvalos rojos y amarillos en alguna cancha color pasto. Estas obras provocan el impacto de un tiempo irreal, premonitorio; un sabor de profecía digna de una alucinante historia de Arthur Clarke o de Ray Bradbury, sueño profético y nocturno de alguna galaxia perdida en el Universo. Tal vez Federico García Lorca hubiera querido otro Manhattan para Antúnez, en que sus "nardos de angustia dibujada" se trocaran en "subways" cargados de girasoles, porque en esta metrópolis pintada por Nemesio no hay lugar para las flores de los "hippies" del Greenwich Village, ni tampoco para las palomas del Central Park.

Es posible que esta magnífica exposición presentada por la Galería Central de Arte, que dirige Carmen Waugh, sea una de las etapas más importantes en la pintura de Antúnez, con más unidad y madurez. Siendo además de pintor, arquitecto, estas obras que titula "N.Y.C. 10050", reflejan el sentido de ordenación y equilibrio arquitectónico. En las distribución espacial de los volúmenes da la sensación de una planificación urbanística de alguna ciudad utópica del mundo futuro, la capital del Universo que podría estar en alguna galaxia lejana. Cuando se le pregunta sobre este aspecto profético de su obra, responde: "No hay nada de ciencia ficción en mi pintura. Es la pura realidad que siento cuando vivo en Nueva York, la disfruto y me gusta. Es una etapa más de mi serie "las multitudes", la que hubiera querido mostrar también a mi desaparecido amigo Jorge Sanhueza —nuestro querido "Queque"—, por eso puse su nombre en el catálogo de la exposición".